

EL MACIZO DE ARDINES: UN ESPACIO HUMANIZADO DURANTE EL PALEOLÍTICO SUPERIOR

THE ARDINES MASSIF: A HUMANIZED SPACE THROUGHOUT THE UPPER PALAEO-LITHIC

José Javier Alcolea-González (1)

Rodrigo de Balbín-Behrmann (1)

Resumen:

Presentamos una síntesis actualizada de la realidad arqueológica de los yacimientos paleolíticos "menores" del Macizo de Ardines. Estos, lejos a obedecer a esa calificación, nos proveen de un contexto adecuado para entender el contenido arqueológico de la cueva de Tito Bustillo. El análisis de esta realidad reafirma la continuidad del poblamiento local durante todo el Paleolítico Superior, y su fijación cultural a este espacio mediante la decoración de sus espacios subterráneos desde el principio del periodo.

Palabras Claves: Macizo de Ardines, La Lloseta, Les Pedroses, Grafías rupestres, Paleolítico Superior

Abstract:

We present here an updated synthesis on the archaeological evidence found at the "minor" paleolithic sites located at the Ardines Massif. These sites, in fact far from being minor in themselves, provide us with an appropriate context to better understand the archaeological content of the Tito Bustillo cave. The analysis of this reality confirms the continuity of the local human settlement throughout the Upper Paleolithic in this massif, and its cultural setting to this geographic area through the decoration of the underground spaces of Ardines since the beginnings of this period.

Keywords: Ardines Massif, La Lloseta Cave, Les Pedroses Cave, Cave Graphic Expressions, Upper Palaeolithic

(1) *Área de Prehistoria, Departamento de Historia y Filosofía, Universidad de Alcalá.*

javier.alcolea@uah.es, rodrigo.balbin@uah.es

50 años después del descubrimiento de su conjunto rupestre paleolítico, la cueva de Tito Bustillo se ha consolidado como uno de los referentes más importantes del corpus gráfico paleolítico mundial. Con motivo de esta efemérides parece conveniente sintetizar y actualizar nuestros conocimientos sobre la cueva y sus alrededores, pues no en vano durante todos esos años se han multiplicado las actividades de investigación en el lugar. En las siguientes líneas intentaremos caracterizar el entorno geográfico y cultural de la cueva riose llana durante el Paleolítico Superior. Esta caracterización pondrá el acento en la existencia de una comunidad humana y cultural permanente en la cuenca baja del Sella durante la segunda mitad del Pleistoceno Superior, cuya manifestación más completa y espectacular sería la propia cueva de Tito Bustillo.

1. EL ENTORNO GEOGRÁFICO DE LA CUEVA DE TITO BUSTILLO. LA CUENCA BAJA DEL RÍO SAN MIGUEL Y EL MACIZO DE ARDINES.

Tradicionalmente se ha tendido a enmarcar el poblamiento paleolítico de la Cornisa Cantábrica en la peculiar topografía de sus valles fluviales, que actuaron como elementos articuladores del reducido espacio existente entre las llanuras costeras y la Cordillera Cantábrica. Este espacio, que esquemáticamente obedece a la sucesión en dirección norte-sur de llanuras litorales, sierras planas o rasas prelitorales, valles interiores y montañas de la cordillera, debería ser transitado en épocas prehistóricas por el recorrido longitudinal de la plataforma costera hoy inundada y siguiendo el curso de

los ríos cantábricos. Estos, merced a su corta longitud y a su elevado gradiente, fruto del fuerte desnivel, abrieron profundos valles que sirvieron como vías de penetración en el territorio, y previsiblemente articularon el espacio cultural regional durante toda la Prehistoria.

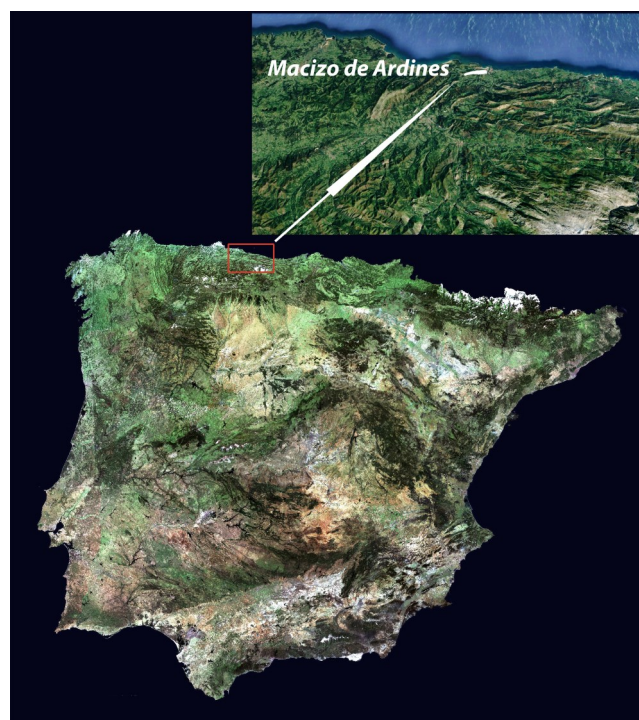
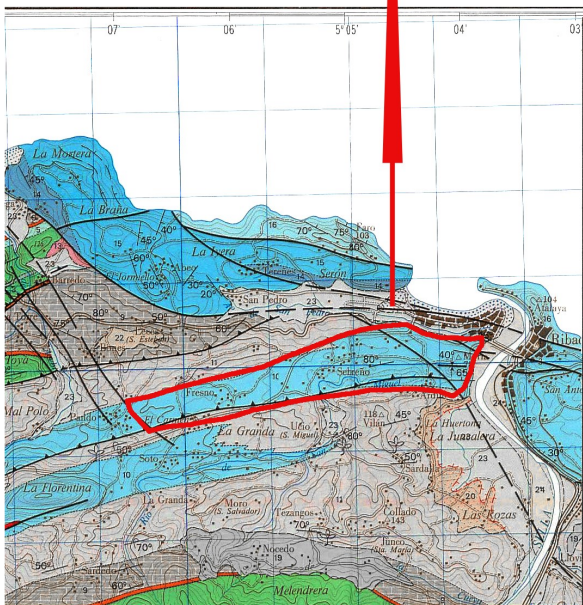


Fig. 1. Localización del Macizo de Ardines.

La cueva de Tito Bustillo se abre en una situación intermedia dentro de este esquema regional, justo frente al límite septentrional de la llanura litoral, en el espacio que conocemos como Macizo de Ardines, entidad geomorfológica coronada por una rasa nivelada a 70-80 m. s.n.m. (Jiménez-Sánchez 2004: 262) (figs. 1 y 2). Esta situación estratégica es uno de los motivos que han servido para caracterizarla desde su descubrimiento como un asentamiento humano fundamental en el sistema de poblamiento finipleistocénico del valle del Sella, espacio fluvial jalonado por yacimientos paleolíticos desde su cabecera (La Güelga, El Buxu, Los Azules) hasta, previsiblemente, su antigua desembocadura. Las relaciones existentes entre



CUATERNARIO	Holoceno	25	Arenas (Playas)
	Pleistoceno	20	Limas, lutitas y fangos (Lanura marañal)
TERCIARIO		19	Gravas, arenas y limas (Abuñol)
		18	Arcillas rojas (Bañales de delicias)
CRETACICO		17	Conglomerados, brechas y arenas (Derribos de laera)
		16	Conglomerados, gravas y arenas (Terrazas fluvial)
		15	Gravas, arenas, lutitas negras y turbas (Pasas marañal)
JURASICO	DOG. CALLEVENSE	14	Ortocongionerado palmítico y lutitas carboníferas rojas
	LIAS	13	Cuarcarenitas, areniscas, arenas, limolitas y calizas
TRIASICO		12	Areniscas, lutitas, margas y calizas lumaquícolas de color gris (F. Tendles y Lascru)
		11	Conglomerados, areniscas y lutitas rojas (F. Vigas)
		10	Dolomías, calizas y rimita marga-calcedra (F. Gijón y Rodiles)
CARBONIFERO SUPERIOR	WESTFALENSE	9	Brecha sedimentaria calcárea, areniscas y lutitas rojas
	D	8	Areniscas, limolitas, lutitas y calizas grises, Calizas (S)
	C	7	Areniscas, limolitas, lutitas y calizas de carbon. En la base lutitas y limolitas polísticas con abundante flora
	B	6	Calizas blancas y beige y calizas nodulosas rojas
	A	5	Calizas negras con laminación paralela y brechas sedimentarias (F. Baraldien)
CARBONIFERO INTERIOR	TOURNAIENSE	4	Calizas neolitas rojas y verdes
	VISSIENSE	3	Lutitas negras y limolitas (F. Vegantien)
DEVONO	SUPERIOR	2	Microcongionerados, arenas y limolitas
	MEDIO	1	Lutitas y limolitas grises (F. Liguera)
CAMBRIO ONDOLICO	ARENSIENSE	1	Lutitas verdes y conglomerados (Cajas de Liguera)
	TREMASIENSE	2	Paracongionerado, cuarcitas blancas, areniscas y limolitas (F. Barón)
	MEDIO	3	Lutitas, areniscas con glauconita y cuarcitas (F. Outeiro)
CAMBRIO INFERIOR		4	Dolomías, calizas y arenas con glauconita (F. Lancard)
		5	

Fig. 2. Estructura geológica (modificado del Mapa Geológico de España E. 1:50.000, 31. Ribadesella) y delimitación aproximada del Macizo de Ardines (modificado de Google Earth, Images©2018 DigitalGlobe)

los asentamientos de la cuenca han sido puestos de manifiesto en muchas ocasiones (Balbín-Behrmann 2014), lo que ilustra la vigencia actual de este modo de afrontar el poblamiento paleolítico en la Cornisa Cantábrica.

Sin apartarnos sustancialmente de este modelo, nuestra propuesta de síntesis tiende no obstante a enfocar la realidad del entorno de Tito Bus-

tillo en un espacio más reducido, centrándonos en su ambiente más inmediato. Este coincide esencialmente con dos accidentes complementarios; el macizo kárstico de Ardines y el valle ciego del río San Miguel (figs. 2 y 3). Su complementariedad atiende tanto a aspectos puramente geológicos como a otros de naturaleza cultural. A ambos nos referiremos en las siguientes líneas.



Fig. 3. Localización de los principales yacimientos paleolíticos del Macizo de Ardines (1) modificado de Google Earth, Images©2018 DigitalGlobe) y planta del sistema endocárstico de Ardines (2) con indicación de las bocas actuales de las cuevas.

La denominación de Macizo de Ardines, bastante ambigua desde el punto de vista geográfico, afecta a un área de rasa prelitoral nivelada a 70-80 m. s.n.m., claramente delimitada en sus perfiles oriental y septentrional. Esta delimitación obedece a una articulación abrupta de la rasa y las zonas de estuarios y marismas de Ribadesella y Tereñes-San Pedro. Al sur sus límites son más difusos, coincidiendo con un cabalgamiento de dirección E-O (fig. 2), mientras que la continuación de los terrenos calcáreos hacia el oeste hace que el macizo conecte sin solución de continuidad con las calizas del Macizo de Cova Rosa. Esta área engloba una serie de núcleos rurales del Concejo de Ribadesella, con su límite oriental en la aldea de Ardines y el occidental en los alrededores de la localidad de El Carmen (fig. 2).

Geomorfológicamente el macizo se asienta sobre una formación de calizas del Carbonífero Superior, denominadas Calizas de la Escalada (Navarro & Leyva, 1986:) (Fig. 2), cuya evolución geológica reciente se encuentra caracterizada por fenómenos kársticos. Estos fenómenos condicionaron en gran manera la realidad física del macizo

durante el final del Paleolítico, afectando sin duda a factores como su habitabilidad humana o su biodiversidad. Su amplio catálogo de formas endo y exocársticas ha merecido algunos trabajos de detalle (Jiménez-Sánchez 2004), que nos ponen en contacto con la existencia de una amplia red de abrigos y cavidades subterráneas aptas para su ocupación humana.

El otro componente geológico del ambiente inmediato a la cueva de Tito Bustillo es el río San Miguel. Se trata de un accidente geográfico que desborda ampliamente los límites del Macizo de Ardines, pero que lo condiciona singularmente en sus tramos finales. Su actividad es la que ha generado su principal sistema endocárstico, formado por las cuevas de La Lloseta, La Cueva, El Tenis y Tito Bustillo (fig.3.2), del que es además una de las fuentes principales de recarga hidrológica (Jiménez-Sánchez 2004: 262). Estas características geológicas deben combinarse para nuestro estudio con la peculiar interacción entre el río y su litología encajante, que termina conformando un valle ciego al pie de la aldea de Ardines al adentrarse sus aguas en el macizo calizo a través del sumidero de

La Gorgocera. La singular topografía de la zona oriental del macizo, y su profunda karstificación, proporcionaron a los pobladores paleolíticos de la zona un entorno idóneo para desarrollar los modos de vida propios de los cazadores-recolectores del final del Paleolítico. Este incluyó la existencia de puntos altos habitables, como las amplias bocas de La Lloseta y Tito Bustillo, dominando estratégicamente todos los recursos que pudiera proveer un valle fluvial cerrado (fig. 3.1).

2. LA OCUPACIÓN DEL MACIZO DE ARDINES DURANTE EL PALEOLÍTICO SUPERIOR.

El espacio que acabamos de describir sucintamente posee una importante concentración de yacimientos de hábitat del Paleolítico Superior. Esta concentración obedece tanto a sus propias condiciones de habitabilidad como a una intensa actividad investigadora en la zona, que antecede al propio descubrimiento de la cueva de Tito Bustillo, y que debemos relacionar con la importante tradición de estudios sobre el Paleolítico Superior en la Cornisa Cantábrica.

Actualmente conocemos 5 localizaciones con restos significativos del periodo en el Macizo de Ardines, Tito Bustillo, La Lloseta, La Cueva, Les Pedroses y El Cierro (fig.3.1). Otros yacimientos que suelen incluirse en trabajos de síntesis sobre la zona, como Cova Rosa o la cueva de San Antonio, no pertenecen propiamente a este ámbito. La primera se abre bastante alejada de los límites occidentales y meridionales del macizo y forma parte de un peculiar sistema kárstico al que da nombre; el Macizo

de Cova Rosa. La segunda se localiza en la margen opuesta del Sella, por lo que debe contemplarse en otros estudios geográficamente más amplios que afecten al poblamiento prehistórico de la totalidad de la cuenca del Sella.

2.1 La investigación de la ocupación humana superopaleolítica del Macizo de Ardines.

A pesar de formar una entidad claramente homogénea, estos yacimientos no fueron estudiados desde una perspectiva de conjunto hasta 1998, fecha de inicio del proyecto, dirigido por los dos firmantes de estas líneas, que pretendía estudiar la realidad arqueológica global del Macizo de Ardines con la cueva de Tito Bustillo en el centro de la investigación. Este proyecto, que nos servirá como línea divisoria de los estudios en el macizo, ha actuado aparentemente además como catalizador de la investigación en la zona, al reactivarse proyectos interrumpidos hace años (El Cierro) o iniciarse otros (Les Pedroses).

La investigación arqueológica del macizo comenzó temprano, concretamente en la Cueva de Ardines, excavada por E. Hernández-Pacheco en 1912, aunque los resultados nunca fueron publicados en detalle y tan solo tenemos referencias indirectas de la intervención (Hernández-Pacheco 1919). También en fechas tempranas -1916- fue excavada por E. Hernández Pacheco la cueva de La Lloseta (Hernández-Pacheco 1919: 26), aunque bajo la denominación de cueva del Río (Obermaier 1925: 189), confusión terminológica sobre la que ya hemos tratado más extensamente en otros lugares (Balbín-Behrmann et al. 2005: 643-644). Como en el caso de La Cueva estos primeros trabajos

permanecieron inéditos y no tuvieron continuidad hasta la postguerra.

Ya en la década de los 50 del siglo pasado se creó el Servicio de Investigaciones Arqueológicas (SIA) de la Diputación Provincial de Oviedo, iniciándose propiamente la primera fase de estudios prehistóricos sistemáticos del Macizo de Ardines. Va a ser ahora cuando F. Jordá acometa nuevos trabajos en La Lloseta (campana de 1956, Jordá 1958), en el curso de los cuales se descubrieron las primeras manifestaciones rupestres paleolíticas del macizo en la cueva de Les Pedroses (Hernández-Pacheco et al. 1957). Al mismo tiempo (campanas de 1958-1959) el mismo investigador comenzaría los trabajos de excavación en un yacimiento cercano que con el tiempo proporcionaría la secuencia superopaleolítica más completa del macizo: la cueva de El Cierro.

En estos años, y hasta el cambio de siglo, las investigaciones arqueológicas en el lugar van a ser bastante discontinuas. Posiblemente el descubrimiento de Tito Bustillo y la focalización de las investigaciones en esa cueva contribuyeron a este esfuerzo investigador desigual en el Macizo de Ardines. A modo de síntesis, y refiriéndonos tan sólo a las actuaciones directas sobre los yacimientos, podríamos señalar las siguientes intervenciones entre 1950 y 1998:

- **Les Pedroses.** *Final de la década de los 50:* excavaciones y sondeos inéditos dirigidos por F. Jordá. Estudio del arte de la cavidad por parte del mismo equipo (Jordá 1960b, 1992), también sin publicación de conjunto. 1970: sondeo en el conchero de entrada dirigido por G. A. Clark (Clark 1976: 127).

- **El Cierro.** 1958/1959: Campanas de prospección -1958- y excavación arqueológica -1959- dirigidas por F. Jordá (inéditas). 1969: Sondeo en el conchero exterior dirigido por G. A. Clark (Clark 1976) 1977/1979: Campanas de excavaciones dirigidas por F. Jordá y A. Gómez Fuentes (Gómez-Fuentes & Bécares 1979; Álvarez-Fernández et al. 2018)

- **La Lloseta.** 1956: sondeo en el yacimiento de entrada dirigido por F. Jordá (Jorda 1958). 1969: muestreo del conchero de entrada dirigido por G. A. Clark (Clark 1976: 123). 1980: Estudio geológico de la cavidad dirigido por M. Hoyos (Hoyos et al. 1996).

- **La Cueva.** En este periodo de tiempo tan sólo podemos reseñar el estudio de un bloque grabado en el exterior de la entrada de la cueva por parte de M. R. González-Morales y M. C. Márquez-Uría (González-Morales & Márquez-Uría 1983).

Tras el descubrimiento de la cueva de Tito Bustillo, las investigaciones en el macizo se centralizaron en ella (Alcaraz-Castaño et al., en este mismo número) durante 15 años (1975-90), abandonándose los trabajos en otros lugares hasta nuestra intervención de 1998. Nuestro proyecto, que se desarrolló hasta 2008, abarcó un amplio abanico de labores que intentaron por primera vez comprender en su conjunto la realidad arqueológica de la zona (Balbín-Behrmann et al. 2000, 2003, 2005, 2007). Sin referirnos a nuestros trabajos en Tito Bustillo, podríamos sintetizar nuestras intervenciones de la siguiente manera:

1998-2002. Prospección gráfica del Macizo, incluyendo la revisión de los espacios cavernarios en los que se conocía presencia humana paleolítica (Les Pedroses, El Cierro, La Cueva, La Lloseta).

2000. Documentación arqueológica, incluyendo la realización de sondeos, y gráfica de La Cueva.

2002-2004. Documentación arqueológica, con realización de sondeos, de la galería inferior de La Lloseta. Reestudio global de las manifestaciones rupestres de la cueva.

El final de nuestro proyecto, dedicado en sus últimos años a Tito Bustillo en exclusiva, marcó un nuevo parón en los estudios arqueológicos sobre el macizo. No obstante, en los últimos años hemos asistido a una cierta revitalización de éstos. Por una parte, y desde 2014, se han reanudado los estudios (Álvarez-Alonso & Andrés-Herrero 2012) y las excavaciones en la cueva de El Cierro por un equipo combinado de la UNED y las Universidades de Oviedo y Salamanca (Álvarez-Fernández et al. 2016, 2018; Jordá-Pardo et al. 2018). Por otra se han comenzado a reestudiar algunos conjuntos rupestres de la zona, como Les Pedroses (Martínez-Villa 2018).

2.2. El poblamiento del Macizo de Ardines durante el Paleolítico Superior.

Pese a la intensidad de la actividad investigadora en el Macizo de Ardines en los últimos 60 años, nuestro conocimiento sobre su dinámica poblacional en el Paleolítico Superior continúa siendo bastante desigual. Como veremos más adelante, los datos existentes sobre el macizo apuntan a una ocupación humana muy temprana, previa al Paleolítico Superior y datable posiblemente en el final del Paleolítico Medio (Álvarez-Fernández et al.

2018: 101). Estos datos son coherentes con los de una temprana ocupación del alto valle del Sella, documentada en los niveles musterienses de la cueva de La Güelga, recientemente asignados a la fase final del tecnocomplejo y datados mediante radiocarbono en fechas anteriores a 45.300 cal BP (Menéndez et al. 2018: 77). Este poblamiento antiguo va a tener continuidad a lo largo de todo el Paleolítico Superior, cuando se intensifica significativamente y alcanza a todos los lugares señalados en epígrafes anteriores.

Sin entrar a valorar el caso de Tito Bustillo (Alcaraz-Castaño et al. en este mismo número), los datos de poblamiento superopaleolítico en el Macizo de Ardines provienen esencialmente de dos lugares, las cuevas de El Cierro y La Lloseta. Las informaciones utilizables de los otros dos yacimientos, Les Pedroses y La Cueva, son escasas y fragmentarias. En la cueva de Les Pedroses parece que el yacimiento de ocupación podría dividirse en dos momentos, uno paleolítico y otro postpaleolítico, más rico y significativo (Arias-Cabal 1991: 51). Del primero de ellos tan sólo poseemos algún material proveniente de los sondeos inéditos de F. Jordá (Jordá 1958; Corchón 1986: 259), que podría apuntar a una cronología a caballo entre el Solutrense Superior y el Magdaleniense Inferior. El caso de La Cueva es muy similar, y sobre ella no podemos sino reafirmarnos en lo que ya expresamos hace tiempo (Balbín-Behrmann et al. 2007: 32). Las excavaciones de principios del siglo pasado continúan inéditas, y nuestros sondeos en zonas diversas de la cavidad (cerca de la entrada y en la galería que conecta el exterior con la gran sala central) fueron negativos. Hoy en día tan sólo podemos certificar la existencia de un yacimiento interior en la sala central de la cueva que podría pertenecer al

Paleolítico Superior, sin descartar que partes de su conchero superior pudieran ser posteriores. Esta idea ya fue expresada por P. Utrilla (Utrilla 1981:) para desmentir la posible edad musteriense del yacimiento apuntada por F. Jordá (Jordá 1955, 1976).

La cueva de El Cierro es el yacimiento sobre el que poseemos una información más actualizada. Las intervenciones de 2014 y 2016 (Álvarez-Fernández et al. 2018) nos han provisto de una visión de conjunto de la estratigrafía presente en la cueva, clarificando algunas incertidumbres que habíamos señalado tanto nosotros (Balbín-Behrmann et al. 2007: 33) como otros investigadores (Álvarez-Alonso & Andrés-Herrero 2012).

La reinterpretación de la estratigrafía del yacimiento clásico de la cueva, junto con la excavación en nuevas zonas (Álvarez-Fernández et al. 2018: 101-102), propone la existencia de 14 unidades sedimentarias, de las que 10 tienen contenido arqueológico. Las superiores, fundamentalmente restos de conchero adosados a las paredes de la cavidad, son de cronología postpaleolítica, mientras que los miembros inferiores (unidades F a N, Álvarez-Fernández et al. 2018: fig. 3) pertenecen en su totalidad al Pleistoceno Superior. El conocimiento concreto de esta secuencia paleolítica es todavía desigual, habida cuenta de que los estudios recientes en El Cierro se han centrado en los niveles de cronología magdaleniense (Álvarez-Fernández et al. 2016). Sin embargo, conocemos una secuencia prácticamente continua que arranca a finales del Paleolítico Medio (unidad N) y surca todo el Paleolítico Superior, desde el Auriñaciense (unidades L y M) al Magdaleniense Inferior cantábrico

(subunidades G₁ y unidad F), con restos intermedios atribuibles al Gravetiense (unidad J) y al Solutrense Superior (subunidades H₁ y H₂).

Esta secuencia continua parece reflejar diferencias en la intensidad de ocupación del yacimiento. Las fases de mayor intensidad coinciden con las capas adscritas al Magdaleniense Inferior cantábrico, que además han sido datadas mediante radiocarbono (Álvarez-Fernández et al. 2016: tbl. 1) entre 15.460 ± 75 (OxA-27.869) y 16.360 ± 55 (OxA-27.781). Esa intensidad se refleja en la riqueza del mobiliario lítico y óseo, incluyendo algún ejemplo notable de arte mueble (fig.19.1). La intensidad de la ocupación parece decrecer en momentos posteriores, alcanzando su mínimo en las capas gravetienses, para volver a intensificarse significativamente en los niveles auriñacienses (Álvarez-Fernández et al. 2018: 100-101).

La cueva de La Lloseta también acogió un importante hábitat superpaleolítico, si bien su desarrollo estratigráfico parece más limitado que el de la cercana cueva de El Cierro. Desgraciadamente no contamos aquí con actuaciones recientes sobre el yacimiento de habitación de la cueva, por lo que los datos que poseemos provienen de intervenciones antiguas, concretamente de las excavaciones de E. Hernández-Pacheco a comienzos del siglo XX y de las de F. Jordá a mediados de la misma centuria, y de sus posteriores interpretaciones.

De la primera tan sólo conocemos sus materiales, que fueron situados por J. A. Moure (Moure & Cano 1976: 269) en el Magdaleniense Inferior Cantábrico. Las excavaciones del F. Jordá nos han proporcionado mucha más información. Jordá



Fig. 4. Vista de la entrada de la cueva de La Lloseta desde el yacimiento del piso superior.

Foto R. de Balbín.

estableció dos ámbitos en el yacimiento, uno situado al fondo del vestíbulo de la cueva (figs. 4 y 7) y otro correspondiente a un conchero observable en las paredes y el techo del vestíbulo. Sus excavaciones afectaron sobre todo a la primera de estas áreas, donde identificó 3 niveles fértiles, de los que el I y el II fueron asignados al Magdaleniense (medio e inferior respectivamente), mientras que el basal, numerado como III, fue considerado en principio del Solutrense Final (Jordá 1958: 53). En trabajos posteriores (Jordá 1977: 144) consideró que toda la estratigrafía de la cueva debía asignarse al Magdaleniense Inferior Cantábrico. En cuanto al conchero presente en la cueva, Jordá lo entendió en principio como anterior al Paleolítico Superior (Jordá 1958: 153), para después decantarse por su posición dentro del Magdaleniense Inferior a raíz de su datación C^{14} (Jordá 1977: 144).

Durante la década de los 70 del siglo pasado esta interpretación fue fuertemente matizada por

los trabajos de P. Utrilla, quien dividió la secuencia presentada por Jordá en diez capas y revisó la atribución cultural de cada una de ellas. El nuevo esquema propuesto (Utrilla 1978: 128) establecía dos momentos de máxima ocupación del yacimiento, uno primero del Magdaleniense Inferior en las capas 10 a 8, y otro del Magdaleniense Superior o Final en las capas 6 a 4. Entre ambas se situaba una capa de transición (7) con escasos restos y difícil asignación cultural. La secuencia se completaba con varios niveles de edad postpaleolítica (3-1).

La reinterpretación de la estratigrafía se completó con el reestudio y reevaluación de los concheros adheridos a las paredes y el techo del vestíbulo. G. Clark (1976:125) estableció dos momentos sucesivos de desarrollo de los concheros con el apoyo de dos dataciones radiocarbónicas, 15.656 ± 412 BP (Gak-2549, 19.997-18.057 cal. BP. Balbín-Behrmann & Alcolea-González 2013: tbl. 1) y 4.594 ± 680 BP. Estas fechas permitieron situar

el contenido del conchero inferior en el Magdaleniense Medio (Clark 1976: 126) o Inferior (Jordá 1977: 144; Mallo et al. 1980: 238), calificación ésta última que parece más acertada a la vista de su contenido material y de la calibración de la fecha antes expuesta.

Nuestros propios trabajos en la cueva propusieron nuevos datos sobre la frecuentación humana de la galería inferior de la cueva, al poder datar los restos humanos localizados en la primera sala de la galería inferior de la cueva por M. Sánchez-Prieto (Balbín-Behrmann et al. 2005: 666). La fecha de 11.830 ± 50 BP (Beta-170182, 13.768-13.547 cal. BP, Balbín-Behrmann & Alcolea-González 2013: tbl. 1) los situó a finales del Paleolítico Superior.

Este breve recorrido por la realidad arqueológica del Macizo de Ardines puede concluirse afirmando la sólida evidencia de la continuidad del poblamiento humano desde el inicio del Paleolítico Superior. Analizando un poco más en profundidad los datos, e incluyendo lo que sabemos sobre la cueva de Tito Bustillo (Balbín-Behrmann & Alcolea-González 2013; Alcaraz-Castaño et al. en este mismo número) y de otros yacimientos cercanos como Cova Rosa (Álvarez-Fernández et al. 2014: 76-77), podemos concluir que este poblamiento arrancó antes incluso del Paleolítico Superior y se intensificó muy significativamente al final de este, coincidiendo con el final del tecnocomplejo Solutrense y con la aparición del Magdaleniense. Este poblamiento continuo tan sólo muestra un cierto grado de atenuación en el periodo intermedio del Paleolítico Superior, coincidente con el final del

Gravetiense y las fases formativas del Solutrense, toda vez que no se han localizado todavía industrias de estos periodos en la zona. En todo caso, estas impresiones sobre la intensidad del poblamiento deben ser necesariamente provisionales, pues carecemos de información detallada sobre el hábitat de la entrada del núcleo principal del macizo, la cueva de Tito Bustillo. Este, localizado durante nuestros trabajos de principios de siglo (Alcaraz et al. en este mismo número), debe encerrar datos sobre la ocupación de la cueva que hoy desconocemos, pero que podrían transformar nuestra visión de la dinámica humana en el macizo a lo largo del Paleolítico Superior.

3. LA ACTIVIDAD GRÁFICA RUPESTRE PALEOLÍTICA EN EL MACIZO DE ARDINES.

Dejando a un lado la cueva de Tito Bustillo conocemos actualmente tres localizaciones "menores" con representaciones rupestres paleolíticas en el Macizo de Ardines; la Lloseta, Les Pedroses y la Cueva (fig. 3.1). Las tres, como acabamos de ver, poseen en mayor o menor medida restos de hábitat de la misma época, que también pueden ser relacionados en diversos grados con su contenido rupestre.

Los conjuntos gráficos de las dos primeras cuevas muestran una variedad y profundidad cronológica, técnica y compositiva que nos permiten englobarlos dentro de la categoría de evidencias complejas, por oposición a los restos localizados en la Cueva, mucho más modestos.

Tanto La Lloseta (Balbín-Behrmann et al. 2005) como Les Pedroses (Martínez-Villa 2018) han sido objeto de publicaciones recientes que nos permiten un tratamiento global de su realidad gráfica, que intentaremos articular valorando la presencia e importancia de las dos fases fundamentales en que se tiende a dividir el curso gráfico paleolítico en la actualidad; el periodo premagdalenense y la fase de “clasicismo” tardiglaciario coincidente con el desarrollo de este tecnocomplejo. En el año 2014 J.F. Jordá Pardo recuperó la publicación antigua de su padre sobre Les Pedroses en compañía de M. Mallo, con la documentación completa de aquel momento.

3.1. El horizonte gráfico premagdalenense en el Macizo de Ardines

Las características gráficas detectadas en los conjuntos rupestres más complejos del macizo apuntan sin duda a la existencia de una tradición gráfica muy antigua, coincidente con fechas iniciales del Paleolítico Superior. Las evidencias cronométricas y contextuales recientemente publicadas sobre Tito Bustillo (Balbín-Behrmann & Alcolea-González 2013; Balbín-Behrmann et al. 2017) apuntan esta impresión, reforzada además con los datos que acabamos de sintetizar sobre la presencia de los primeros tecnocomplejos del Paleolítico Superior en las estratigrafías de la zona. La constatación de esa presencia humana desde los albores del Paleolítico Superior se puede hacer extensible a todo el valle del Sella, en cuya cabecera han sido atestiguadas ocupaciones auriñacienses antiguas en la cueva de la Güelga (Menéndez et al. 2014: 62-63; 2018: 82). La pregunta que debemos responder es si esa actividad incluyó la creación de uno o va-

rios dispositivos gráficos rupestres contemporáneos “*sensu lato*” con ella, y en caso de respuesta positiva caracterizarlos singularmente.

La respuesta es evidentemente afirmativa en el caso del gran conjunto rupestre de Ardines, Tito Bustillo (Balbín-Behrmann et al. 2016: 94), pero en las líneas siguientes mostraremos que también es de aplicación al resto de los dispositivos gráficos del macizo, proponiendo no sólo la existencia de decoraciones arcaicas, si no de un grado de complejidad y desarrollo local fuera de lo conocido en otros lugares.



Fig. 5. Posible mano positiva pintada en rojo de la cueva de Les Pedroses (Modificado de Saura & Múzquiz 2007: 63 foto 3)

Un reestudio reciente de los grafismos paleolíticos de la cueva de Les Pedroses (Martínez-Villa 2018) ha servido para confirmar los datos de nuestras prospecciones preliminares en la cueva (Balbín-Behrmann et al. 1999; 2007), que apuntaban hacia un aumento en el inventario gráfico de la cavidad. Este ha pasado de limitarse al único panel decorado señalado en las publicaciones clásicas del sitio (Jordá 1960b, 1975, 1992, Jordá & Mallo 2014) a otro más complejo (Martínez-Villa 2018: tpls. 1 y

2), con dos conjuntos gráficos diferenciados cronoculturalmente. El primero de ellos, compuesto por figuras pintadas en color rojo y disperso tanto por la Galería Principal de la cueva como por otros lugares apartados del camino principal, ha sido relacionado por su contenido tecno-temático (figuras rojas y abundancia de signos) con un momento "antemagdalenense" genérico (Martínez-Villa 2018: 67). Los elementos que se han valorado en esta caracterización, que compartimos *grosso modo*, son principalmente la morfología de los signos, entre los que destacarían los cuadrangulares, y las posibles representaciones de manos en positivo (fig. 5). Estos temas, unidos en la cueva a una discreta proliferación de formas "decorativas" menores como digitaciones y discos, pueden relacionarse con un tipo de decoraciones aceptadas como pertenecientes a la fase arcaica del Arte Paleolítico cantábrico. Esta caracterización genérica podría afinarse todavía más si valoráramos también la presencia de representaciones humanas, como el antropomorfo del Pasaje Lateral (fig. 6), conceptualmente muy similares a las ya celebres de la cercana Galería de los Antropomorfos de Tito Bustillo (Balbín-Behrmann et al. 2002: figs. 12-13). La identidad formal y conceptual de estas representaciones, y su parecida ambientación gráfica, nos permiten centrar un poco mejor esa difusa valoración cronológica "antemagdalenense", acercándola a la de rango auriñaco-gravetiense obtenida mediante cronología numérica en la gran cueva del macizo (Pike et al. 2012: 1412; Balbín-Behrmann et al 2017: 91), y confirmando la existencia de una decoración muy arcaica en les Pedroses.

La existencia de una fase de decoración arcaica en la cueva de La Lloseta es también



Fig. 6. Calco del antropomorfo pintado en rojo del Pasaje Lateral de la cueva de Les Pedroses. Dibujo J. J. Alcolea

evidente. Sin embargo, la propia complejidad de este dispositivo gráfico nos ha permitido vislumbrar ciertas pautas de evolución cronológica, y estructurar mejor su contenido gráfico premagdalenense.

Nuestra revisión de su contenido arqueológico (Balbín-Behrmann et al. 2005) propuso una profunda revisión del inventario gráfico de la cueva. Diferenciamos en él doce conjuntos topográficamente significativos (fig. 7), de los cuales once se localizaban en el piso inferior de la gruta y tan sólo uno en el superior, este en vecindad inmediata con el yacimiento de habitación del vestíbulo de la cueva. La revisión implicó un aumento considerable en

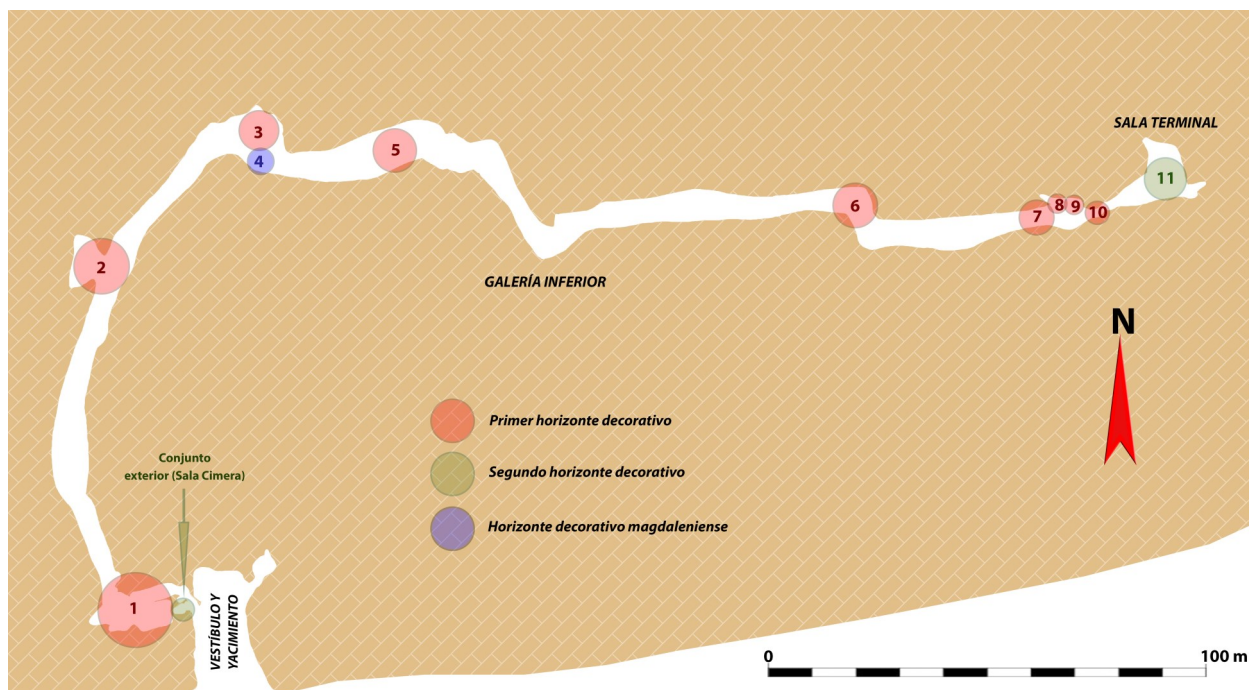


Fig. 7. Planta sintética de la cueva de La Lloseta con indicación de los principales conjuntos gráficos.

el inventario figurativo, que llegó a las 217 unidades gráficas, y una nueva valoración cronológica de la decoración de la cavidad, con una atribución pre-magdalenense a diez de los once conjuntos gráficos descritos.

El nuevo análisis no sólo permitió aislar un gran conjunto gráfico de cronología pre-magdalenense, sino que estableció la posibilidad de dividirlo en dos grupos diferenciados cronoestilísticamente (Balbín-Behrmann et al. 2005: fig. 6g). El primero, localizado en la galería inferior y exclusivamente pintado, repetía lo que acabamos de ver en la fase antigua de Les Pedroses, pero enriqueciendo el modelo: digitaciones y trazos pareados frecuentemente asociados a elementos destacados del modelado kárstico de la cueva (Figs. 8 y 9), elementos sexuales femeninos explícitos, decoración de formas naturales de apariencia fálica (fig. 10) y en general elementos decorativos "menores", todo ello habitualmente pintado en color rojo. El conjunto muestra bastantes analogías con el dispositivo

gráfico vecino de Tito Bustillo, y también un cierto grado de complementariedad. Esta obedece a la más que posible significación sexual masculina de muchas de sus decoraciones (decoración de formas de apariencia fálica) (fig. 10), y a su relación con las que aluden explícitamente al sexo femenino en la cueva de Tito Bustillo, que también hemos asignado a fases muy tempranas del Paleolítico Superior.

El modelo iconográfico arcaico de la Lloseta se completaba con algunas representaciones zoomorfas, escasas pero muy significativas por su entidad temática. La presencia de animales como el mamut (fig. 11) entre los zoomorfos asignados a esta primera fase nos permitió proponer vías de contacto con otros conjuntos de principios del Paleolítico Superior, en los que estos peculiares animales extintos eran más frecuentes que en otras épocas más avanzadas. El grupo comprendía las representaciones de los conjuntos 1, 3, 5, 6, 7, 8, 9 y 10, y tenía una moderada presencia en el 11 (fig. 7).



Fig. 8. Formación estalagmítica decorada con digitaciones y pintura roja del conjunto 3 de la galería inferior de La Lloseta. Foto R. de Balbín.



Fig. 10. Gran estalagmita pintada en rojo del conjunto 10 de la galería inferior la cueva de La Lloseta. Foto R. de Balbín.



Fig. 9. Panel decorado con digitaciones del conjunto 9 de la galería inferior de la cueva de La Lloseta. Foto R. de Balbín.

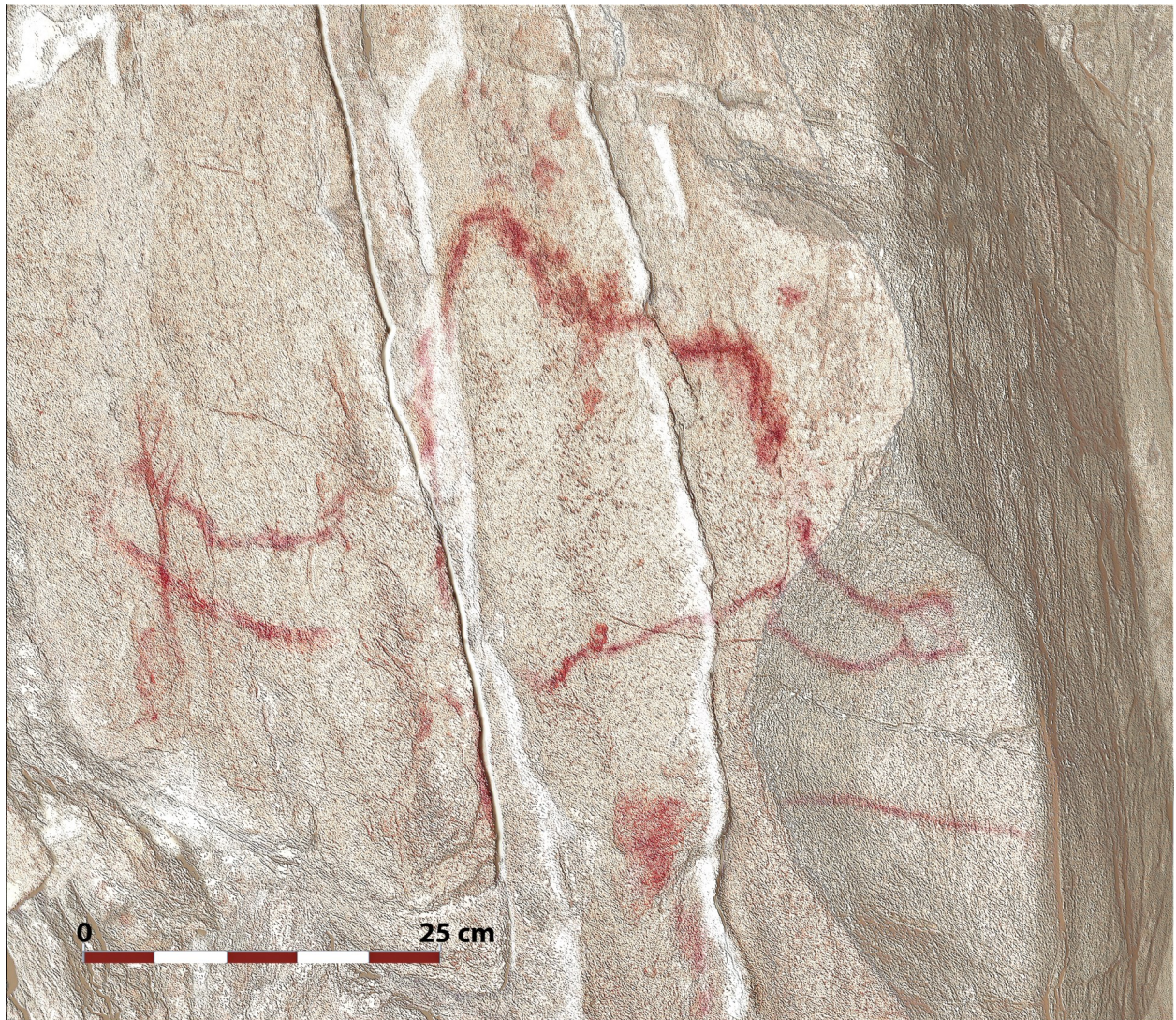


Fig. 11. Calco de un mamut pintado en color rojo del conjunto 1 de la galería inferior de La Lloseta.

Dibujo J. J. Alcolea

La valoración de este amplio grupo de representaciones, que situamos temporalmente en un difuso periodo arcaico presolutrense, equivalente *grosso modo* al antiguo estilo II de Leroi-Gourhan en el Cantábrico (Balbín-Behrmann et al. 2005: fig. 69), debe ser revisada en la actualidad. La existencia de nuevos argumentos cronométricos de peso influye tanto en la extensión del propio grupo de representaciones como en su definición cronológica. Estos argumentos conciernen a una serie de signos realizados en tinta plana roja y localizados en los conjuntos 1 y 2 de la galería inferior (fig. 12).

Estos esquemas repiten formas rectangulares con extensiones triangulares o conopiales en uno de sus lados mayores, y pueden relacionarse con los llamados signos acoplados del cantábrico, que se explicaban hasta hace poco como parte de la evolución de los signos rectangulares hacia los claviformes de la serie clásica cantábrica (González-Sainz 1993: 49-50; 2005: 167).

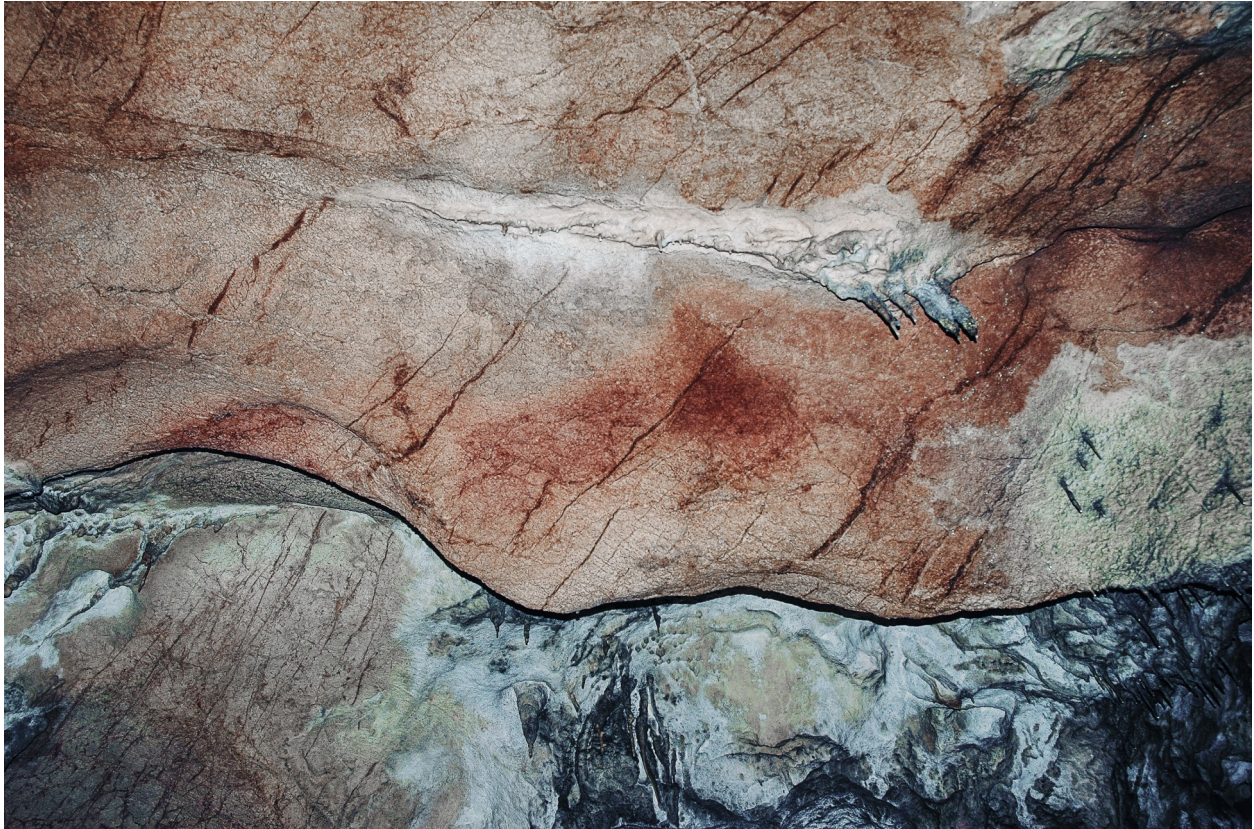


Fig. 12. Signo acoplado en tinta plana roja del conjunto 2 de la galería inferior de La Lloseta.
Foto R. de Balbín.

La interpretación cronológica clásica de estos signos nos sirvió para situar los de la Lloseta en un horizonte cronológico intermedio, ya en el tránsito solutrense-magdalenense, toda vez que la vigencia cronológica de los claviformes cantábricos parecía circunscrita a las fases antiguas y, previsiblemente, medias del Magdalenense. Esto suponía la existencia de una evolución interna del grupo premagdalenense de La Lloseta, culminada, como veremos más adelante, con las decoraciones de la sala terminal (fig. 13).

Sin embargo, un programa internacional de dataciones de costras calcíticas asociadas a grabados y pinturas rojas paleolíticas en la Cornisa Cantábrica, acometido a partir de 2010 (Pike et al. 2012), arrojó una serie de resultados que afectaron

necesariamente a esta definición cronológica. La datación *ante quem* en el Techo de los Polícromos de Altamira de algunos ejemplares típicos de la serie claviforme cantábrica en 36.16 ka. cal BP (García-Díez et al. 2013: 4103) propone no sólo la inviabilidad de la cronología magdalenense de estas formas, sino también la invalidez del mecanismo evolutivo que las hacía derivar de formas rectangulares de cronología gravetiense o solutrense. En realidad, las formas presentes en la Lloseta acompañan topográficamente a todo el componente gráfico antiguo antes citado, y aunque no responden exactamente al estereotipo de los claviformes cantábricos sí parecen obedecer a un espíritu muy similar, por lo que podríamos plantear que su significación cronológica fue prácticamente la misma que la de éstos. Esto no

significa que su realización se interrumpiera en las épocas más antiguas, pero sí que fue en éstas donde se concibieron e iniciaron su posible recorrido.

Todas estas circunstancias implican que el primer horizonte gráfico de La Lloseta debe ser completado con esta serie de signos complejos, que se asocian en origen a fases muy tempranas del Paleolítico Superior en el ámbito regional cantábrico. Es evidente que debemos llevar el arranque de la decoración de la Lloseta a estas mismas fases, posiblemente en paralelo al inicio de las decoraciones de su cueva vecina, que hemos situado en esos mismos momentos (Balbín-Behrmann et al. 2017: 91). Este hecho también significa una ampliación numérica de los conjuntos pertenecientes al primer horizonte, ya que la práctica totalidad del numerado como 2 (fig. 7) (Balbín-Behrmann 2005: 656, figs. 20 y 21) pasaría a formar parte de él. Todas estas circunstancias nos proponen un conjunto arcaico más compacto, pues parece ocupar casi en exclusiva la galería inferior desde su inicio hasta el estrechamiento que da acceso a la sala terminal del conjunto 11 (fig. 7), en el que la información gráfica más elaborada (incluyendo signos complejos y figuras zoomorfas) se concentra en su parte anterior (conjuntos 1 a 3).

Esta matización del conjunto de representaciones más antiguo de la Lloseta sirve además para clarificar la significación de lo que concebimos en 2005 como un horizonte decorativo intermedio de la cueva. La posibilidad de desdoblar el conjunto gráfico premagdalenense de la cueva en dos grupos cronoestilísticos se sigue manteniendo a pesar de perder un argumento importante en

nuestros razonamientos de origen, como la existencia de signos acoplados en los conjuntos 1 y 2. Esta posibilidad se fundamenta en la ruptura temática y tecnoestilística observable entre dos grupos concretos de representaciones, uno en la galería superior y, sobre todo, otro en la sala terminal de la inferior (fig. 13), con el resto de las manifestaciones arcaicas que acabamos de comentar.

La peculiar concentración de figuras realizadas en trazos lineales gruesos y tintas planas rojas del divertículo elevado sobre el yacimiento de la galería superior de la cueva que denominamos Sala Cimera (Balbín-Behrmann et al. 2005: 41-45) (fig. 7), supone en sí misma una ruptura temática con la mayoría de las representaciones de la galería inferior. Sin embargo, las deficientes condiciones de conservación de las representaciones ya nos impidieron en 2005 una adecuada caracterización cronoestilística de las mismas, si bien nos decantamos por suponer para ellas una edad ligeramente menor que para el grueso de las representaciones antiguas de la cueva (Balbín-Behrmann et al. 2005: fig. 6g) basándonos en los calcos que pudimos confeccionar en aquel momento.

Más diagnósticas son las representaciones localizadas en la sala terminal de la Galería Inferior, espacio relativamente aislado de ésta y al que sólo se accede dificultosamente a través de una estrecha gatera. El lugar fue conocido sin duda por los autores de las decoraciones de la primera fase, como se demuestra por la presencia de grupos de digitaciones y signos ligeros similares a los existentes en el resto de la galería inferior. Sin embargo, aquí existe un panel complejo, situado exactamente sobre la gatera que comunica la Lloseta con la



Fig. 13. Parte central del panel principal del conjunto 11, en la sala terminal de la galería inferior de La Lloseta. Foto R. de Balbín.

galería principal de Tito Bustillo, en evidente discrepancia tecnoestilística con el resto de las figuras arcaicas del piso inferior de la cueva.

En él se representan mediante pintura lineal de diferentes tonos (desde el rojo hasta el sepia) un conjunto de caballos, cabras y ciervas (fig. 13), al que se adhieren de manera significativa las figuras grabadas de un bisonte y dos caballos (Balbín-Behrmann et al. 2005: fig. 57). La morfología corporal de estas representaciones, sus técnicas de realización y sus convenciones estilísticas encajan bien dentro de un período medio del Arte Rupestre Paleolítico cantábrico, inmediatamente anterior a la eclosión del estereotipo clásico magdalenense, dentro de lo que se ha venido considerando tradicionalmente como estilo III cantábrico.

Los caballos poseen crineras en escalón, fuertes quijadas y a veces convencionalismos más avanzados, como la representación de la sotabarba mediante series de trazos anchos y paralelos. Estas características casan con las de las cabras, reducidas a la cabeza, a veces con cornamentas en visión frontal y casi siempre realizadas de una manera sumaria y esquemática. Los paralelos a estas figuras son numerosos, pudiendo señalar ejemplares de équidos muy similares en Pasiega A (Breuil, H., Obermaier, H., Alcalde del Río, H. 1913: 7) o en el grupo de Ramales (Gárate, D. 2010: 105-106). Alguna figura parecida puede señalarse en el conjunto X de la vecina cueva de Tito Bustillo, si bien es significativo que este es quizás el horizonte gráfico peor representado en el monumental conjunto de esa cavidad, por lo que su presencia en la Lloseta

completa en cierto modo el inventario gráfico de la red subterránea que comparten ambas cuevas. Vuelve por tanto a ponerse de manifiesto la complementariedad de ambos dispositivos durante el Paleolítico Superior.

Para terminar con este repaso a la realidad del Arte Paleolítico antiguo del Macizo de Ardines habría que hacer alusión a La Cueva. En este lugar reconocimos algunas formas gráficas durante nuestros trabajos del periodo 1998/2002 (Balbín -Behrmann et al. 2007: 31-32), formas que se unieron a las evidencias conocidas desde la década de los 80 del siglo pasado (González-Morales & Márquez-Uría 1983). Estas se limitaban a un bloque exterior grabado y cercano a la entrada de la cueva. Sus decoraciones pertenecían al grupo de los

llamados grabados exteriores de surco profundo (González-Morales & Márquez-Uría 1983: 187) (fig. 14), tradicionalmente ligados a los inicios del Arte Paleolítico cantábrico. Esta caracterización cronológica arcaica, que ha encontrado nuevos elementos de validación incluso en contextos extracantábricos (Cortés-Sánchez et al. 2018), puede establecerse a partir de la ya clásica valoración de los grabados profundos de la cuenca del Nalón (Fortea 1995, González-Sainz & San Miguel 2001), en los que las formas no figurativas tendrían un arranque cronológico cuando menos auriñaciense. Todo ello nos sugiere que la cronología arcaica del bloque exterior de La Cueva puede ser mantenida hoy en día, aunque con ciertas reservas dada su falta de correlación estratigráfica con restos materiales paleolíticos.



Fig. 14. Bloque con grabados en la zona exterior de la entrada a La Cueva. Foto R. de Balbín.

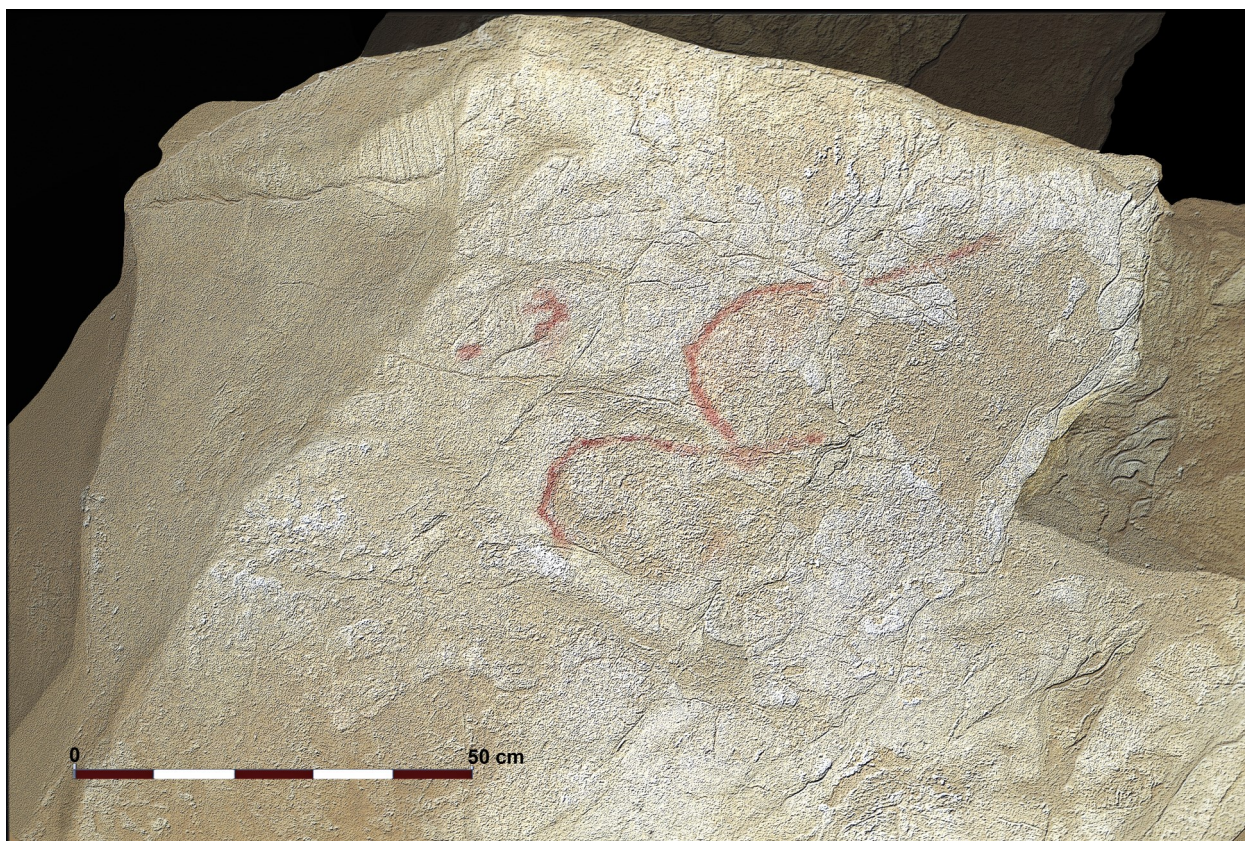


Fig. 15. Calco de dos posibles ciervas pintadas en color rojo del interior de La Cuevaona. Dibujo J. J. Alcolea

En nuestra revisión durante el cambio de siglo tan sólo añadimos a esta realidad un reducido lote de restos de pintura roja mal conservados, situados en este caso en el interior de la cueva. Se encontraban repartidos en cuatro agrupaciones significativas (Balbín-Behrmann et al. 2007: 32), en una de las cuales señalamos la existencia de dos posibles ciervas pintadas en rojo, que conservaban tan sólo las grupas, con los típicos engrosamientos caudales de las representaciones de esta especie, y partes de las líneas de sus lomos (fig. 15). Lo fragmentario de las figuras y su mal estado de conservación nos impidió emitir en aquel momento un juicio definitivo sobre su posible situación cronológica, pero ahora podemos considerar que se acomodan genéricamente mejor a los cánones pre-magdalenenses del Arte Paleolítico cantábrico.

La pregunta que planteábamos al inicio del epígrafe parece tener por tanto una respuesta positiva también para los conjuntos rupestres “menores” del Macizo de Ardines. La actividad superopaleolítica temprana en el lugar parece habernos dejado pruebas innegables de estar acompañada por una importante labor de decoración de espacios cavernarios profundos. Nuestras dificultades para secuenciar esta actividad, dada la ausencia de pigmentos orgánicos datables y la dificultad de relación de los grafismos rupestres antiguos con referentes muebles, nos impiden ser mucho más precisos en la reconstrucción cronológica. Sin embargo, si podemos afirmar que, en el estado actual de nuestros conocimientos, existe una cierta desproporción entre los grafismos que podemos relacionar con periodos muy antiguos del Paleolítico

Superior y aquellos que parecen fruto de una cierta evolución cronológica. Los primeros son mayoritarios, lo que podría relacionarse quizás con las variaciones que hemos intuido en la intensidad del poblamiento en el macizo, donde están peor representada la parte central del Paleolítico Superior.

3.2. Las grafías rupestres del Macizo de Ardines durante el Tardiglaciario.

En el epígrafe dedicado a los restos de hábitat superopaleolítico en el macizo señalamos la posibilidad de plantear la existencia de una intensificación de su poblamiento durante el desarrollo del tecnocomplejo Magdaleniense. Por mucho que esa intensificación local esté pendiente de una confirmación futura, éste parece un rasgo compartido *grosso modo* en todo el ámbito de desarrollo del Paleolítico Superior en Europa Occidental, y suele ir acompañado por una multiplicación de las evidencias gráficas rupestres y muebles.

En un trabajo reciente hemos defendido este modelo para la cueva de Tito Bustillo (Balbín-Behrmann et al. 2017: 94), donde vemos crecer en esas fechas un imponente hábitat interior (Alcaraz-Castaño et al. en este número) en paralelo a la construcción de un espectacular y complejo conjunto gráfico en su parte occidental. Ahora debemos preguntarnos si este fenómeno tiene un correlato en el resto del Macizo de Ardines; la respuesta no es simple y depende de los lugares a los que nos refiramos.

En el caso de La Lloseta no podemos hablar propiamente de un fenómeno de intensificación

gráfica, sino más bien de todo lo contrario. En nuestro estudio de 2005 (Balbín-Behrmann et al. 2005: 693, fig. 69) tan sólo asignamos una cronología avanzada (dentro de los márgenes del tradicional estilo IV antiguo de Leroi-Gourhan) a las representaciones del conjunto 4 de la galería inferior (fig. 7). Se trata de un conjunto de figuras pintadas en trazo lineal negro entre las que dominan los bisontes (fig. 16), aunque aparecen también caballos y cabras (fig. 17). Las figuras, mal conservadas, presentan toda una serie de características temáticas y tecnoestilísticas que aconsejan su valoración como fruto de la actividad gráfica de época magdaleniense, y poseen adecuados elementos comparativos entre las figuras negras de las composiciones del Panel Principal de la cueva de Tito Bustillo.

Este limitado grupo de figuras ilustra la rarefacción de los elementos gráficos de La Lloseta en paralelo, paradójicamente, a los momentos de mayor intensidad de ocupación en su zona de hábitat de la sala de entrada, y a los de mayor actividad gráfica en la zona occidental de la vecina cueva de Tito Bustillo. Este hecho vuelve a poner de manifiesto la complementariedad que parecen tener los dispositivos gráficos de ambas cuevas, que debieron ser concebidas por sus pobladores paleolíticos como un único espacio subterráneo, cuyo patrón espacial de utilización pudo muy bien variar a lo largo del Paleolítico Superior.

El caso de Les Pedroses es diferente. El grueso de la información gráfica conocida hoy en día pertenece a fases avanzadas del Paleolítico Superior, entendiéndose no obstante que el tamaño



Fig. 16. Bisonte contorneado en color negro del conjunto 4 de la galería inferior de La Lloseta. Foto R. de Balbín.



Fig. 17. Cabra pintada en negro del conjunto 4 de la galería inferior de La Lloseta. Foto R. de Balbín.



Fig. 18. Vista del panel principal de la cueva de Les Pedroses, con indicación de los grabados de contorno de las principales figuras pintadas (modificado de Saura & Múzquiz 2007: 6, foto 4a)

y la profundidad del conjunto rupestre de la cueva de El Carmen es mucho menor que los de La Lloseta o, sobre todo, Tito Bustillo. La revisión reciente de Martínez Villa (2018) ha establecido un inventario del conjunto rupestre avanzado de Les Pedroses. Este se sitúa íntegramente en la galería principal de la cueva y acoge a las representaciones del panel principal (fig. 18) y otras evidencias dispersas por ella (fig. 19.2). Los elementos más importantes de este conjunto corresponden a un grupo de zoomorfos pintados y grabados en el panel principal, donde ha documentado 15 figuras realizadas en 4 fases sucesivas (Martínez-Villa 2018: tbl. II). Las características tecnoestilísticas de las figuras principales, ya sean los cérvidos en tintas planas rojas con grabados estriados de contorno, o las figuras de caballo exclusivamente grabadas en trazos múltiples, han servido para relativizar el valor cronológico de estas fases y centrar el desarrollo de la de-

coración del panel principal en un breve lapso temporal coincidente con el Magdaleniense Inferior cantábrico (Martínez-Villa 2018: 73, 81).

Esta atribución cronológica se ha fundamentado en la presencia de los grabados estriados como técnica fundamental en la generación de la mayoría de las figuras. Técnica que también se documenta en un prótomo de cierva de la galería principal (fig. 19. 2), esta vez replicando las arquetípicas representaciones sobre soportes muebles del Magdaleniense Inferior cantábrico. Estas han sido muy bien contextualizadas después de la datación radiométrica directa de un omóplato decorado de la cueva de Altamira (Valladas et al. 1992), y de su precisa valoración cronométrica en varias estratigrafías cantábricas entre las cuencas del Asón y el Sella. En el caso de Les Pedroses contamos además con el paralelo del omóplato decorado con

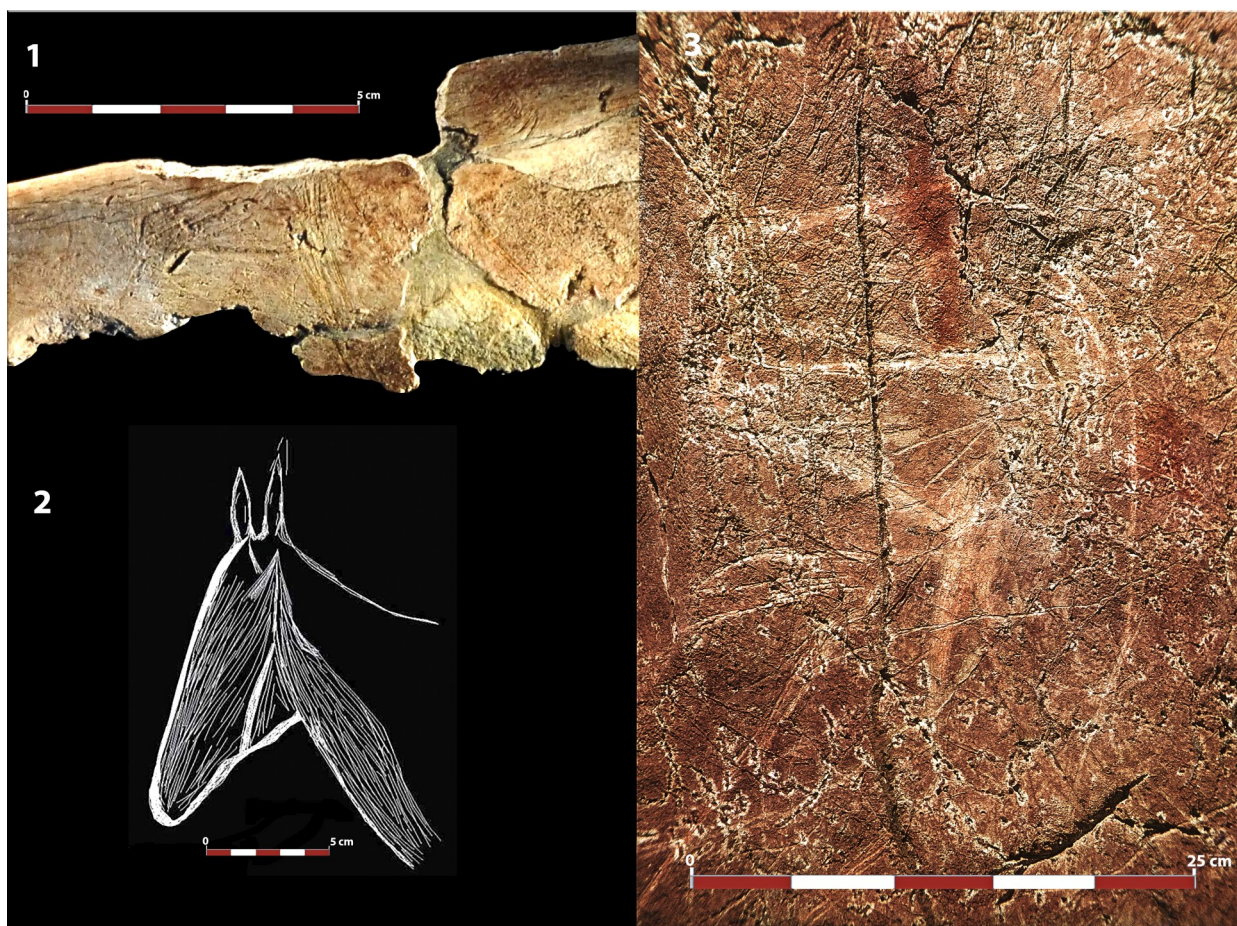


Fig. 19. Detalle del omóplato decorado del nivel F (Magdaleniense Inferior) de El Cierro (1) (modificado de www.asociacionapiaa.com, foto O. Rivero), dibujo de un prótomos de cierva grabado en la cueva de Les Pedroses (2) (modificado de Martínez-Villa 2018: fig. 7), y ciervas grabadas del conjunto XC de la cueva de Tito Bustillo (foto R. de Balbín).

una cabeza de cierva (Gómez-Fuentes & Bécarea 1979) de los niveles del Magdaleniense Inferior de la vecina cueva de El Cierro (fig. 19. 1). Estas ciervas aparecen de nuevo, y en formas muy similares, en el panel principal de la cueva de Tito Bustillo (fig 19.3), repitiendo la posición relativa que muestran en otros paneles de larga duración de la Cornisa Cantábrica; al inicio de los grafismos de época magdaleniense y siempre por debajo de las representaciones bícromas o polícromas. Esta situación debe obedecer a su pertenencia conceptual a una primera época de desarrollo de los grafismos de cronología magdaleniense en el Cantábrico, posiblemente desarrollados en dos fases ligeramente diferentes y sucesivas, con un punto de inflexión

situado entre finales del Magdaleniense Inferior y principios del Medio (González-Sainz 2005: 164).

Parece claro que la decoración avanzada de Les Pedroses si puede obedecer a un proceso de intensificación de la actividad gráfica en el Macizo de Ardines. Su arranque, como en otros lugares, debe cifrarse en algún momento a inicios del Magdaleniense, y en el Macizo de Ardines culminó con las monumentales decoraciones del sector occidental de Tito Bustillo. El paralelismo de las decoraciones de la cueva de Les Pedroses con las documentadas en el panel principal de la cueva de Ardines, y su coincidencia con los referentes mobiliarios de El Cierro (fig. 19), ilustra en todo caso el alto

grado de homogeneidad cultural de los pobladores de Macizo de Ardines durante el final del Paleolítico Superior.

4.- A MODO DE CONCLUSIÓN. LA HUMANIZACIÓN DEL MACIZO DE ARDINES A FINES DEL PLEISTOCENO SUPERIOR.

Este recorrido por la realidad arqueológica del Macizo de Ardines no puede concluir sin un adecuado balance de su significación. En ella se puede afirmar que nos encontramos ante un lugar mayor de la Prehistoria europea, y que esta categoría no sólo depende de nuestra valoración actual del sitio, si no de su propio proceso de formación.

En principio son las espectaculares decoraciones de Tito Bustillo las que justifican esa calificación extraordinaria, pero esas imágenes no son más, ni menos, que la expresión gráfica de una tradición cultural milenaria, fruto de la presencia en el Macizo de Ardines de comunidades humanas estables a lo largo de todo el Paleolítico Superior. Esta circunstancia es la que hemos tratado de sintetizar en las líneas precedentes, pues no es posible comprender la gran cueva riosellana sin atender a todo su contexto geográfico y cultural inmediato.

Este contexto nos propone una habitación continuada del espacio de Ardines durante al menos 30.000 años. Posiblemente esa habitación haya estado sometida a variaciones de intensidad o, incluso, a periodos de abandono, pero la constatación arqueológica del macizo es la de la continuidad del poblamiento. Esa continuidad en un área

tan reducida obedece a múltiples factores de orden cultural, económico o simbólico. En todo caso, y aunque esos factores son difíciles de conocer en su totalidad, podemos señalar algunos que expliquen la instalación de grupos humanos en el lugar.

Uno de los elementos más destacables del Macizo de Ardines como entidad física es su localización, en el límite meridional de las extensas llanuras litorales cantábricas de finales del Pleistoceno, que dominaría desde las alturas de su zona superior. Esta situación limítrofe se completaría con una situación privilegiada para dominar el bajo valle del Sella. Se trata sin duda de una ubicación estratégica sobre un territorio mixto con una gran variedad de recursos explotables por las comunidades de cazadores-recolectores pleistocénicos. A esta situación hay que añadir algún condicionante microtopográfico que permite explicar, aunque sea en parte, el fenómeno de la concentración humana, cultural y simbólica en torno a la dolina de Ardines durante el mismo periodo.

La red endocárstica de la zona oriental del Macizo de Ardines, formada esencialmente por los espacios subterráneos de La Lloseta, Tito Bustillo y La Cueva, acoge uno de los ejemplos más acabados de lo que en décadas anteriores se vino a llamar "lugares de agregación". Conocemos varios ejemplos de estos macrositios paleolíticos, de los que algunos de los más significativos serían el Monte Castillo, la colina de Gaztelu y la red endocárstica de Isturitz o la monumental cueva de Mas d'Azil, que suelen combinar la existencia de grandes yacimientos de habitación con conjuntos gráficos rupestres complejos y, a veces, dispersos por redes cavernarias vecinas. En todos ellos se ha señalado en mayor o menor medida la existencia

de condicionantes topográficos o microrregionales como factores de atracción al poblamiento, como los enormes porches de entrada paleolíticos de Isturitz o Mas d'Azil, la peculiar forma del Monte Castillo, etc.

En el caso de Ardines ya hemos señalado la peculiar conformación en forma de valle ciego del río San Miguel al adentrarse en las calizas del macizo rumbo a su confluencia con el Sella. En este valle ciego con forma de anfiteatro natural, desprovisto de vegetación boscosa, destacarían en altura las bocas de la Lloseta y Tito Bustillo, proponiendo factores de atracción al asentamiento humano similares a los comentados para los sitios anteriores. Así mismo, la propia situación geográfica de la parte oriental del macizo proporcionaría a estos pobladores un acceso directo a dos valles fluviales, el del río San Miguel desde las bocas de La Lloseta y Tito Bustillo, y el del Sella desde La Cueva.

Sea cual fuere la importancia de estas circunstancias en el poblamiento continuo del Macizo de Ardines durante el Paleolítico Superior, es también evidente que el poblamiento se fijó culturalmente a este espacio mediante la decoración y monumentalización de sus recintos subterráneos. Esta actividad gráfica, que conocemos sólo en parte y bien pudo alcanzar la realidad exterior del lugar, nos traslada también una impresión de parentesco y comunidad cultural a lo largo de todo el Paleolítico Superior. Y lo hace además desde el principio de la ocupación humana superopaleolítica en la zona, legándonos unos de los espacios arqueológicos paleolíticos más ricos y variados del mundo

Bibliografía

- Álvarez-Alonso, D., Andrés-Herrero, M. de, 2012: *La transición Solutrense-Magdalenense en la cueva de El Cierro (Ribadesella, Asturias, España)*. Espacio, Tiempo y Forma. Serie I, Nueva época. Prehistoria y Arqueología 5: 399-411
- Álvarez-Fernández, E., Bécades, J., Portero, R. 2014: *Excavaciones arqueológicas en Cova Rosa y El Cierro (Ribadesella, Asturias): pasado, presente y futuro*. Anejos de NAILOS 2: 73-97
- Álvarez-Fernández, E., Álvarez-Alonso, D., Bécades, J., Carral, P., Carriol, R. P., Chauvin, A., Cubas, M., Cueto, M., Domingo, R., Douka, K., Elorza, M., Jordá-Pardo, J. F., Murelaga, X., Portero, R., Rivero, O., Tapia, J., Tarriño, A., Teira, L. C. 2016: *Nouvelles données sur le Magdalénien inférieur de la Région Cantabrique: le Niveau F de la grotte de El Cierro (Ribadesella, Asturias, Espagne)*. L'Anthropologie 120: 537-567
- Álvarez-Fernández, E., Bécades, J., Jordá-Pardo, J. F., Aguirre-Uribesalgo, A., Álvarez-Alonso, D., Andrés-Herrero, M. de, Aparicio, M. T., Barrera-Mellado, I., Carral, P., Carriol, R. P., Chauvin, A., Cubas, M., Cueto, M., Domingo, R., Douka, K., Duarte, C., Elorza, M., Fernández-Gómez, M. J., Gabriel, S., Haber, M., Iriarte, M. J., Julian, M. A., Lepage, J., Llave, C., Martín-Jarque, S., Murelaga, X., Osete, M. L., Palencia, A., Portero, R., Rivero, M., Rivero, O., Tapia, J., Tarriño, A., Teira, L. C., Uzquiano, P., Arias-Cabal, P. 2018: *La cueva de El Cierro (Fresnu, Ribadesella). Campañas de excavación 1977-1979, 2014 y*

2016. Excavaciones Arqueológicas en Asturias 8: 93-106
- Arias-Cabal, P. 1991: *De cazadores a campesinos. La transición al Neolítico en la región cantábrica*. Asamblea Regional de Cantabria. Santander
- Alcaraz-Castaño, M. Alcolea-González, J. J., Balbín-Behrmann, R. de, 2018: *El contexto arqueológico de las grafías paleolíticas de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias). Nuevas evidencias y perspectivas*. ARPI (Arqueología y Prehistoria del Interior Peninsular) 07
- Balbín-Behrmann, R. de, 2014: *Los caminos más antiguos de la imagen: el Sella*. En M. A. de Blas Cortina (ed.): *Expresión simbólica y territorial: los cursos fluviales y el arte paleolítico en Asturias*. Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo: 65-91
- Balbín-Behrmann, R. de & Alcolea-González, J.J. 2013: *Tito Bustillo en fechas*. Excavaciones Arqueológicas en Asturias 7: 556-569
- Balbín-Behrmann, R., Alcolea-González J.J., González-Pereda M.A., Moure, J.A. 2002: *Recherches dans le massif d'Ardines: nouvelles galeries ornées de la grotte de Tito Bustillo*. *L'Anthropologie*. 106: 565-602
- Balbín-Behrmann, R., Alcolea-González J.J., González-Pereda M.A. 2003: *El Macizo de Ardines, Ribadesella, España. Un lugar mayor del Arte Paleolítico Europeo*. En R. de Balbín-Behrmann y P. Bueno (eds.): *El Arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI. Primer Symposium Internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella*. Asociación Cultural Amigos de Ribadesella, Ribadesella: 91-151.
- Balbín-Behrmann, R. de, Alcolea-González, J. J., González-Pereda, M. A. 2005: *La Lloseta: une grotte importante et presque méconnue dans l'ensemble de Ardines, Ribadesella*. *L'Anthropologie* 109 (4): 641-701
- Balbín-Behrmann, R. de, Alcolea-González, J. J., González-Pereda, M. A. 2007: *Trabajos realizados en el conjunto prehistórico de Ardines en Ribadesella desde 1998*. Excavaciones Arqueológicas en Asturias 5: 23-35
- Balbín-Behrmann, R. de, Alcolea-González, J.J., Moure, J.A., González-Pereda, M.A. 2000: *Le massif de Ardines (Ribadesella, les Asturies). Nouveaux travaux de prospection archéologique et de documentation artistique*. *L'Anthropologie*. 104 (3): 383-414
- Balbín-Behrmann, R. de, Alcolea-González, J.J., Moure, J.A., González-Pereda, M.A. 2002: *Recherches dans le massif d'Ardines. Nouvelles galeries ornées de la grotte de Tito Bustillo*. *L'Anthropologie* 106: 565-602
- Breuil, H., Obermaier, H., Alcalde del Río, H. 1913: *La Pasiega á Puente Viesgo (Santander)*. Institut de Paléontologie Humaine. Monaco.
- Clark, G. A. 1976: *El Asturiense Cantábrico*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XIII, C.S.I.C. Madrid
- Corchón, M. S. 1986: *El Arte Mueble Paleolítico Cantábrico: contexto y análisis interno*. Monografía 16 del Centro de Investigación y Museo de Altamira, Madrid.
- Cortés-Sánchez, M., Riquelme-Cantal, J.A., Simón-Vallejo, M. D., Parrilla, R., Odriozola, C. P., Calle, L., Carrión, J. S., Monge, G., Rodríguez, J., Moyano, J. J., Rico, F., Nieto, J. E., Antón, D., Martínez-Aguirre, M. A., Jiménez, F., Cantero-Chinchilla, F. N. 2018: *Pre-solutrean rock art in southernmost Europe: Evidence from Las Ventanas Cave*

- (Andalusia, Spain). PlosOne 13(10): e0204651: 1-23
- Forte, J. 1995: Abrigo de la Viña. *Informe y primera valoración de las campañas 1991 a 1994*. Excavaciones Arqueológicas en Asturias 3 : 19-32
- Gárate, D. 2010: *Las ciervas punteadas en las cuevas del Paleolítico. Una expresión pictórica propia de la cornisa cantábrica*. MUNIBE suplemento 33. Donostia/San Sebastián
- García-Diez, M., Hoffmann, D.L., Zilhao, J., Heras, C. de las, Lasheras, J. A., Montes, R., Pike, A.W.G. 2013: *Uranium Series dating reveals a long sequence of rock art at Altamira Cave (Santillana del Mar, Cantabria)*. Journal of Archaeological Science 40: 4098-4106
- Gómez-Fuentes, A. & Bécares, J. 1979: *Un hueso grabado de la cueva de El Cierro, (Ribadesella, Asturias)*. XV Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza: 83-94
- González-Morales, M. R. & Márquez-Uría, M. C. 1983: *Grabados lineales exteriores de la Cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias)*. Ars Praehistorica II: 185-190
- González-Sainz, C. 1993: *En torno a los paralelos entre el Arte Mobiliar y el Rupestre*. VELEIA 10: 39-56
- González-Sainz, C. 2005: *Actividad gráfica magdaleniense en la región cantábrica. Datación y modificaciones iconográficas*. En N.F. Bicho (ed.): *O Paleolítico. Actas do IV Congresso de Arqueologia Peninsular*: 157-181
- González-Sainz, C. & San Miguel, C. 2001: *Las cuevas del desfiladero. Arte rupestre paleolítico en el valle del río Carranza (Cantabria-Vizcaya)*. Universidad de Cantabria
- Hernández Pacheco, E. 1919: *La caverna de la Peña de Candamo (Asturias)*. Memoria de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas 24. Madrid.
- Hernández-Pacheco, F., Llopis-Lladó, N., Jordá, F., Martínez, J. A. 1957: *Guía de la excursión nº 2. El Cuaternario de la región cantábrica*. V Congreso Internacional INQUA. Diputación Provincial de Oviedo. Asturias
- Hoyos, M., Soler, V., Cañaveras, J. C., Sánchez-Moral, S., Sanz-Rubio, E. 1996: *Memoria final sobre las características geológico-kársticas y microambientales de la Cueva de Tito Bustillo, Ribadesella*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. Informe inédito
- Jiménez-Sánchez, M., Anadón, S., Farias, P., García-Sansegundo, J., Canto, N. 2004: *Geomorfología de la cueva de Tito Bustillo y del macizo kárstico de Ardines (Ribadesella, costa cantábrica, Norte de España)*. Boletín Geológico y Minero 115 (2): 257-264
- Jordá, F. 1958: *Avance al estudio de la cueva de La Lloseta*. Diputación Provincial de Asturias. Oviedo.
- Jordá, F. 1960b: *Las pinturas rupestres de Les Pedroses, Asturias*. Oviedo
- Jordá, F. 1975: *Sobre ideomorfos de líneas y animales sin cabeza*. Valcamónica Symposium 1968: 73-80
- Jordá, F. 1977: *La Prehistoria de Asturias*. Vitoria.
- Jordá, F. 1992: *Les Pedroses, El Carmen, Ribadesella, Asturias*. En VV.AA. La naissance de l'Art en Europe. Union Latine, París: 242-244
- Jordá, F. & Mallo, M. 2014: *La cueva de Les Pedroses (El Carmen, Ribadesella, Asturias)*. NAI-LOS 1: 131-162.

- Jordá, F., Mallo, M., Pérez, M. 1970: *Les grottes du Pozo del Ramu et de La Lloseta (Asturies, Espagne) et ses représentations rupestres paléolithiques*. Préhistoire Ariègeoise XXV: 95-140.
- Jordá-Pardo, J. F., Carral, P., Álvarez-Alonso, D., Arias-Cabal, P., Bécares, J., Cubas, M., Martín-Jarque, S., Portero, R., Teira, L. C., Álvarez-Fernández, E. 2018: *Al oeste del Sella. Geoarqueología y cronoestratigrafía del registro del Pleistoceno superior de la cueva de El Cierro (Fresnu, Ribadesella, Asturias, España)*. Boletín Geológico y Minero 129 (1/2): 207-250
- Mallo, M. & Pérez, M. 1969: *Primeras notas al estudio de la Cueva del Ramu y su comunicación con La Lloseta*. Zephyrus 19-20: 7-26.
- Mallo, M., Chapa, T. y Hoyos, M. 1980: *Identificación y estudio de la cueva del Río (Ribadesella, Asturias)*. Zephyrus XXX-XXXI: 231-243.
- Martínez-Villa, A. 2018: *El arte de la cueva de Les Pedroses (El Carme, Ribadesella/Ribesella, Asturias, España)*. Avance sobre nuevos hallazgos. Cuadernos de Arte Prehistórico 5: 40-87
- Menéndez, M., Álvarez-Alonso, D., Andrés-Herrero, Carral, P., García-Sánchez, E., Jordá, J. F., Quesada, J. M., Rojo, J. 2018: *The Middle to Upper Paleolithic transition in the Guelgä Cave (Asturias, Northern Spain)*. Quaternary International 474: 71-84
- Menéndez, M., Weniger, G. C., Álvarez-Alonso, D., Andrés-Herrero, M. de, García, E., Jordá, J. F., Kehl, M., Rojo, J., Quesada, J. M., Schmid, I. 2014: *La cueva de la Güelga. Cangas de Onís, Asturias*. En R. Sala (ed.) Los cazadores-recolectores del Pleistoceno y el Holoceno en Iberia y el Estrecho de Gibraltar. Universidad de Burgos: 60-63
- Moure, J. A. y Cano, M. 1976: *Excavaciones en la cueva de "Tito Bustillo" (Asturias)*. Trabajos de 1975. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo.
- Navarro, D. & Leyva, F. 1986: *Memoria del Mapa Geológico de España escala 1 :50.000 Ribadesella, hoja 31*. Instituto Geológico y Minero de España
- Obermaier, H. 1925: *El Hombre Fósil*. Memorias de la Comisión de Investigaciones Prehistóricas y Paleontológicas 9 (segunda edición). Madrid.
- Pike, A., Hoffmann, D., García-Díez, M., Pettitt, P., Alcolea-González, J.J., Balbín-Behrmann, R. de, González-Sainz, C., Heras, C. de las, Lasheras, J.A., Montes, R., Zilhao, J. 2012: *U-series dating of Paleolithic Art in 11 caves in Spain*. Science 336: 1409-1411
- Aura, P. & Múzquiz, M. 2007: *Arte Paleolítico de Asturias. Ocho santuarios subterráneos*. Oviedo. Cajastur
- Utrilla, P. 1978: *Análisis estructural de cinco yacimientos magdalenienses*. Zephyrus, XXVIII-XXIX: 125-134.
- Utrilla, P. 1981: *El Magdaleniense Inferior y Medio en la costa cantábrica*. Monografía 4 del Centro de Investigación y Museo de Altamira. Santander.
- Valladas, H., Cachier, H., Maurice, P., Bernaldo de Quirós, F., Clottes, J., Cabrera, V., Uzquiano, P. y Arnold, M. 1992: *Direct radiocarbon dates for prehistoric paintings at the Altamira, El Castillo and Niaux caves*. Nature, 357 : 68-70